

LOS JÓVENES DE HOY

(Mayo 1988)

La juventud actual parece caracterizarse por una especie de inseguridad que, si bien es propia del adolescente, se prolonga más de lo debido, sea por falta de raíces sólidas y reconocibles, o por no tender la voluntad hacia ideales sublimes y trascendentes, o por la ausencia de valores estables, universalmente aceptados, que puedan asentarse en lo eterno para darles consistencia y perdurabilidad. La impresión es la desorientación que no se origina solo en la subjetividad todavía indecisa del adolescente, sino que se afianza y se prolonga por la imprecisión, las vacilaciones o abstenciones que el joven percibe en el ambiente familiar y social y aun en la Iglesia.

Sírvanos de ilustración el tema fundamental del amor entre el hombre y la mujer.

Cuando se escuchan al respecto voces que pueden estimarse autorizadas, estas no suelen captarse con toda nitidez, pues los expositores no se lanzan a sacar las últimas conclusiones de sus propias proposiciones, generalmente ambiguas. En otras ocasiones, las mismas son presentadas con descarnada crudeza, derribando valores y tradiciones, proponiendo un naturalismo con visos de postura científica que desconcierta a los mayores y da a los jóvenes una salida aparentemente fácil, aunque provisional y riesgosa, ayudando de este modo a cavar un foso más profundo entre la joven generación y las generaciones precedentes.

Abundemos un poco más en este modo de proceder: Se afirma, por ejemplo, que a la edad de quince o dieciséis años no hay madurez biológica ni psicológica para la maternidad, y esto es absolutamente cierto. Se dice que no hay tampoco madurez espiritual para el matrimonio, pues para el mismo se requiere responsabilidad para aceptar los compromisos personales y sociales inherentes a él y esto también es cierto. Pero se concluye recomendando el «cuidado» con relación a los embarazos; se ataca veladamente o con sorna desenfadada la virginidad y queda flotando en el ambiente una especie de sugerencia para hacer uso del sexo como una buena diversión pues esto es «natural».

Curioso concepto de lo natural este que brota como un hongo venenoso de una argumentación tan torcida.

Porque si la maternidad no está de acuerdo con la naturaleza humana a edades muy tempranas por razones biológicas, si los sentimientos paternos y maternos aparecen más tardíamente en la vida del hombre y de la mujer; si a la edad de dieciséis o diecisiete años no hay aún capacidad para establecer relaciones amorosas estables porque no ha madurado aún psicológicamente la persona para aceptar un compromiso de fidelidad y entrega y, además, los jóvenes están aún en la etapa de su preparación profesional y de su ubicación social; en suma, si el ser humano no está dispuesto para asumir en edades tempranas, con todas sus consecuencias y compromisos, una vida sexual plena, es erróneo concluir que, dada la presencia del instinto, debe hallársele al mismo un modo de desahogo sin riesgos biológicos ni sociales y sin compromiso alguno, solo por no privarse del placer.

No es bueno argumentar torcidamente aunque la conclusión parezca agradar a la juventud. Si, según la naturaleza humana, el hombre y la mujer no están preparados para relaciones sexuales plenas durante el tiempo de la adolescencia y primera juventud, lo recto es que los jóvenes aprendan primero a integrar en sus vidas todo

ese conjunto de factores biológicos, psicológicos, sociales y espirituales que se asocian para constituir una persona madura y feliz. Esto es lo realmente *natural*.

El mejor modo de integrar estos factores no es dando rienda suelta al más indomable de ellos, el instinto sexual, con una «carta de libertad» otorgada por un «natural» deseo de placer que debe satisfacerse a toda costa.

Hay muchos placeres, y aun gustos, que el humano debe aprender a limitar e incluso algunos de ellos a los que debe renunciar completamente: es necesario moderarse en el consumo de alimentos que son dañinos, es bueno renunciar al tabaco, se debe evitar el uso excesivo de alcohol y hay que decir no a la droga.

No se preparan mejor el joven y la joven para una vida familiar estable y plenificante por medio del juego sexual indiscriminado. Así no se hace el aprendizaje del amor. Donde no hay lucha, esfuerzo, sacrificios y búsqueda ennoblecedora, falta lo cualitativamente humano y se degradan tanto el hombre como la mujer, pero aún más la mujer, porque su fibra es más sensible y tierna. En eso ella es superior al hombre. Que no se busque nunca la igualdad rebajando lo bueno para encontrar la paridad en lo mediocre.

Pero el mal que se sigue de este procedimiento desborda el ámbito de la sexualidad y disminuye la capacidad del joven o de la joven para encontrar la VERDAD y vivir sólidamente establecidos en ella. Me refiero a verdades vitales, es decir, a las que son decisivas en la existencia de hombres y mujeres:

- qué es lo malo y qué es lo bueno,
- lo natural no siempre es fácil y agradable,
- la mentira, la falsedad, el placer o el simple deseo no pueden fundamentar ningún comportamiento válido,
- la satisfacción de los instintos primarios no es suprema ley de la existencia humana.

En ningún campo de la vida humana pueden darse arreglos «satisfactorios» que comprometan la vocación del hombre y la verdad y a la superación de sí mismo por el esfuerzo y la virtud.

Sobre todos estos temas y otros más se pronunció nuestro último Consejo Diocesano de Pastoral y yo les propongo brevemente algunos de ellos para su reflexión. Con mi bendición.